

Un beso perdurable (Fragmento)

Media tacita

Hay cosas de las que nunca puedo escribir. Son las que me dan mucho miedo. Si las nombro, podría empeorarlas. Un monje budista me dijo que escribiera todo eso en un cuadernito, que después total lo podía quemar. Yo puse cara de que iba a hacerle caso, pero no me duró nada. Si él se hubiera venido a vivir a mi casa, o si yo me hubiera metido a monja en su ermita, entonces sí. Porque su presencia sería como una escoba que empuja la superstición todos los días. Un paño que nunca se ensucia. En cambio yo soy de esconder esos trapitos cuando no se les pueden quitar las manchas. Los tiro atrás de la cama, o al fondo de un placard lleno de porquerías; pienso que si no se pueden ver, entonces no existen. Así hacía de chica con las sobras del sacapuntas. Iban a parar atrás de ese féretro donde, de día, se metían a dormir las almohadas de papá y mamá. Una vez ella me pescó, pero no sirvió de nada. Seguí haciéndolo, sólo que con cuidado de que no me descubrieran. Y hoy pienso que esa mirada reprobatoria es la del monje, que me cae muy bien porque después de sentarnos quietitos todos juntos mirando la pared, se fuma varios puchos mientras reímos charlando de pavadas con mucha espontaneidad.

Esto de esconder las cosas yo sé que es un problema. Si algún día tuviera que mover los muebles, me encontraría con todas esas lamparitas quemadas, bombachas manchadas en la pubertad y cosas que no tienen ningún lugar ni posibilidad de transformación. Una persona sabia podría decirme que soy yo la que tiene que transformarse. Y sí, en eso estamos. La vida te empuja. Yo, que siempre crucé los dedos mentalmente cuando alguien decía que su signo zodiacal era cáncer, ¿cómo reaccioné cuando mi mamá tuvo su primer cáncer? ¿Y el segundo? ¿Y el regreso del primero en una tercera vuelta? Yo venía preparada. Toda esa cuestión del monje y las meditaciones se supone que era para entrenarnos en aceptar la impermanencia. Sí, chicos, está bien, nos vamos a morir. Como cosa abstracta puedo aceptarlo. Ahora, enfermarse, sentir dolor, no saber cuánto tiempo queda ni cómo será vivido... eso es difícilísimo. Más fácil es prepararle a mamá sopa de calabaza y hacerle chistes hasta convencerla de tomar un poquito, un poquito más. O esperar en el centro oncológico el turno mientras pasan por la tele el canal de las noticias de inseguridad y la parafernalia amarillista circundante. Es más fácil organizar los horarios de acompañar o dar una vuelta manzana a paso de tortuga y que ocurra un milagro: el de contemplar juntas la fascinante flor de mburucuyá. Con eso estamos hechas. Pasan adolescentes chillando y yo pienso: ¿cuál es la verdad? ¿Ellas o nosotras? No parece compatible. Resultan insultantes para mí, con su ignorancia de la crueldad de la vida. Yo era igual, gritábamos en los colectivos con mis amigas y creíamos realmente que el mundo era una maqueta donde hacer nuestros shows. Pero a mi mamá sólo le preocupa que no la lleven por delante, no se siente ofendida por nada. Ni siquiera porque le tocó una enfermedad así, con los ganglios arrancados delicadamente por una maestra de la vulva. Una señora enorme y pequeña a la vez. Como un cuento

que leí hace poco, que decía que una mujer medio extraterrestre medía cincuenta centímetros de alto por cuarenta de ancho. Esta señora que salvó aquella vez a mi mamá era así, un placarcito sin cenizas de lápices atrás. Yo sé que ella está casada y viaja con su marido a playas del Caribe, pero eso sí que no me lo puedo imaginar. Sólo la veo atrás de su escritorio que le queda enorme, como una nena que está jugando al doctor. La última vez que entré a su consultorio yo estaba sola. Llegué antes que mi mamá y mi hermana. Ella pensó que yo era mi hermana (la fuerte de las dos) y me dijo: pasá, que a tu mamá le voy a dar una versión más light de la cosa. Yo empalidecí y ella matizó lo de la severidad con las excelentes drogas que hay hoy día para tratar su melanoma. Quedé temblando.

Y enseguida, ahí estábamos sentadas las tres: mi mamá en el medio, mi hermana y yo a los costados. Ellas habían traído los estudios en una especie de valija que fue abierta por la señora placard. Esta vez decidió no operar y derivó. La secretaria no era tan seca y antipática como antes. Era otra. Y sonrió al despedirnos, cosa que la otra era incapaz de hacer. Es un barrio paquete. Las mujeres que esperan en el consultorio van ahí para que su vulva luzca de quince años. Con mi mamá admiramos sus zapatos de reajo, haciéndonos señas en la sala de espera. No es que si tenés cáncer ya no podés divertirte. Nada que ver. Lo que sí, no sé cómo se hace para no tener miedo.